

## CAPÍTULO VI

### LA FORTALEZA

#### 1. INTRODUCCIÓN

El *Catecismo de la Iglesia Católica* expresa sintéticamente el significado de la fortaleza: «La fortaleza es la virtud moral que asegura en las dificultades la firmeza y la constancia en la búsqueda del bien. Reafirma la resolución de resistir a las tentaciones y de superar los obstáculos en la vida moral. La virtud de la fortaleza hace capaz de vencer el temor, incluso la muerte, y de hacer frente a las pruebas y a las persecuciones. Capacita para ir hasta la renuncia y el sacrificio de la propia vida por defender una causa justa»<sup>1</sup>.

*La filosofía griega veía la fortaleza como una virtud moral fundamental. Aristóteles llama andreía a la virtud del apetito irascible (impulso agresivo) que representa el término medio entre el temor y la temeridad en la persecución de los bienes difíciles y en el aguante del dolor y las dificultades<sup>2</sup>. Expresión de la fuerza viril, y sobre todo de los soldados en la guerra, el concepto griego de fortaleza pertenece a un contexto del todo especial. Los hombres no están tutelados por la providencia divina, y pueden confiar solamente en sus propias fuerzas. Tienen necesidad de autodisciplina y de una gran capacidad de sufrir para realizar las empresas heroicas que les darán gloria y para afrontar los males del destino. La fortaleza griega expresa sin embargo algo verdadero: en la actitud frente a las dificultades y los peligros, el cansancio, el dolor y la muerte, hay una medida razonable, a la cual el virtuoso se adecua evitando el tanto exceso como el defecto.*

#### 2. LA FORTALEZA EN LA SAGRADA ESCRITURA Y EN LA TRADICIÓN MORAL CATÓLICA

##### *a) Las enseñanzas de la Sagrada Escritura*

---

<sup>1</sup> *Catecismo*, n. 1808.

<sup>2</sup> Cfr. ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, III, 6: 1115 a 6-7.

*El contexto del concepto bíblico de fortaleza es muy distinto del griego. Se subraya que la fidelidad a Dios reclama a menudo valentía, aceptación de los peligros y del dolor, perseverancia y paciencia: «Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los Cielos padece violencia, y los esforzados lo conquistan»<sup>3</sup>. Pero la atención está concentrada en el poder de Dios. Los justos reciben de Dios la fuerza para perseverar en el bien y para vencer la propia debilidad y los obstáculos procedentes de afuera. El justo sabe que su fortaleza es prestada, y a Dios dirige su petición de ayuda: «Tú eres mi peña, mi fortaleza: por honor de tu Nombre, dirígeme y guíame; sácame de la red que me han tendido, que Tú eres mi refugio»<sup>4</sup>. «Todo lo puedo en Aquel que me conforta»<sup>5</sup>. Cristo enseña que sin su auxilio, no podemos hacer el bien: «sin mí no podéis hacer nada»<sup>6</sup>.*

Señalamos sintéticamente los principales aspectos de la virtud de la fortaleza puestos en evidencia por la Sagrada Escritura<sup>7</sup>.

1) *La valentía y la franqueza para anunciar el Evangelio y dar testimonio de la verdad.* El Nuevo Testamento utiliza el vocablo “*parrêsia*”. Los Hechos de los Apóstoles muestran como san Pedro, san Pablo y los demás apóstoles y discípulos anuncian con claridad el Evangelio a judíos y paganos<sup>8</sup>, aunque venga la persecución<sup>9</sup>. La libertad y audacia son cualidades que deben por fuerza acompañar el anuncio evangélico: «para que, cuando hable, me sea dada la palabra para dar a conocer con libertad el misterio del Evangelio del que soy mensajero, aunque encadenado, y que pueda hablar de él libremente y anunciarlo como debo»<sup>10</sup>. La franqueza del apóstol es un don concedido por Dios<sup>11</sup>.

2) *La firmeza en la fe y en las buenas obras.* El creyente debe ser fiel y fuerte, como lo fueron Abrahán, Moisés, San Pablo, etc. Son frecuentes las exhortaciones a permanecer firmes en la fe: «Vigilad, estad firmes en la fe, sed fuertes, tened ánimo»<sup>12</sup>, y a permanecer firmes en el Señor<sup>13</sup>. La fortaleza acompaña también a la esperanza y al amor y, en general, a las buenas obras.

3) *La paciencia (hypomoné).* Es de capital importancia para soportar las tribulaciones y persecuciones, con la esperanza de que Dios las convertirá en fecundas: «Pero

<sup>3</sup> Mt 11, 12.

<sup>4</sup> Sal 30, 4-5.

<sup>5</sup> Fil 4, 13.

<sup>6</sup> Jn 15, 5.

<sup>7</sup> Cfr. E. KACZYNSKI, *Fortezza*, en F. COMPAGNONI, G. PIANA, S. PRIVITERA (edd.), *Nuovo dizionario di teologia morale*, cit., pp. 459-468.

<sup>8</sup> Cfr. Hch 2, 29; 4, 13; 9, 27.

<sup>9</sup> Cfr. Hch 9, 27.

<sup>10</sup> Cfr. Ef 6, 19-20.

<sup>11</sup> Cfr. 1 Ts 2, 2; Fm 8.

<sup>12</sup> 1 Cor 16, 13; cfr. Hch 14, 22.

<sup>13</sup> Cfr. 1 Ts 3,8; Fil 4, 1.

no sólo esto: también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce la paciencia; la paciencia, la virtud probada; la virtud probada, la esperanza. Una esperanza que no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado»<sup>14</sup>. La paciencia sabe esperar los frutos de las propias obras, aunque el tiempo de espera sea largo<sup>15</sup>. La paciencia está vinculada a la esperanza<sup>16</sup>, y se ejercita en las tentaciones e infortunios: «Hijo, si te acercas a servir al Señor prepara tu alma para la prueba. Endereza tu corazón y sufre con paciencia, y no te inquietes cuando persiste la adversidad. Únete a Él y no te separes, para que seas enaltecido al final de tu vida. Todo lo que te sobrevenga, acéptalo, mantén ánimo grande en los reveses humillantes; porque el oro se prueba con el fuego, y los elegidos, en la fragua de la humillación. En la enfermedad y en la pobreza ten confianza en Él»<sup>17</sup>.

4) *La grandeza de ánimo (makrotymía)*. Es propia de Dios, que tiene paciencia y se abstiene de castigar los pecados de los hombres. En los creyentes, significa el perdón y la renuncia a todo propósito de venganza<sup>18</sup>. San Pablo la considera uno de los frutos del Espíritu Santo<sup>19</sup>.

5) *La perseverancia (karteréô, proskarteréô, proskartérésis)* en el seguimiento de Cristo, en la oración y en las buenas obras<sup>20</sup>.

6) En el Antiguo y en el Nuevo Testamento es alabado el martirio, la donación de la propia vida para dar testimonio de la fe y fidelidad a Dios y a sus mandamientos (Eleazar, los siete hermanos de 2 Mac 7, san Juan Bautista, San Esteban, etc.).

*Pero la enseñanza más importante y más inmediata es la que da la muerte de Cristo en la Cruz. No es posible seguir a Cristo sin recorrer con él el camino de la Cruz del modo querido por el Padre para cada uno. Este camino requiere fortaleza, vencer el miedo al sufrimiento y a la muerte.*

#### b) Los Padres de la Iglesia

En los escritores de los primeros siglos de la era cristiana y en los Padres de la Iglesia hay abundantes referencias a la fortaleza, a propósito del martirio, que es considerado como una gloria. Entre los textos más conocidos podemos citar las cartas escritas por San Ignacio de Antioquía mientras iba camino a Roma, a la espera de sufrir el marti-

<sup>14</sup> Rm 5, 3-5.

<sup>15</sup> Cfr. St 5, 7.

<sup>16</sup> Cfr. Rm 12, 12.

<sup>17</sup> Sir 2, 1-5; cfr. también 1 Pt 1, 6-7.

<sup>18</sup> Cfr. Mt 18, 21-35.

<sup>19</sup> Cfr. Gal 5, 22.

<sup>20</sup> Cfr. Lc 11, 1-13; Hch 1, 14; 2, 42; Rm 12, 12; Ef 6, 18; Col 4, 1; Heb 11, 12.

rio<sup>21</sup>, las Actas de los Mártires y, en especial, las Actas de San Apolonio, de San Sebastián y de San Policarpo, así como los escritos de San Justino y de San Cipriano. Tertuliano y San Cipriano escribieron un tratado sobre la paciencia. San Ambrosio, en el *De Officiis*, ofrece un estudio más orgánico, y subraya la función de la fortaleza en la vida ordinaria del cristiano.

Hay numerosas referencias a la fortaleza en las obras de San Agustín, que ve la fortaleza en estrecho vínculo con la caridad. «De hecho, aquel amor del que hablamos, y que debe estar inflamado por Dios de todo ardor de santidad, es llamado templado en cuanto no desea estas cosas, fuerte cuando las abandona. Pero de todas las cosas que se poseen en esta vida, el cuerpo es para el hombre la cadena más pesada, según las justísimas leyes de Dios, a causa del antiguo pecado, hablar del cual, nada hay más conocido que él, así como nada más secreto para entender. Este vínculo, pues, por no estar sacudido y puesto en peligro, turba el alma con el terror de la fatiga y del dolor y, para no ser dado vuelta y aniquilado, la turba con el terror de la muerte. Ella, en efecto, lo ama por fuerza de la costumbre, sin comprender que, si lo usa bien y de modo inteligente, lo someterá a su dominio sin ninguna molestia cuando la potencia y la ley divina lo hayan resucitado y renovado. Pero después de que con este amor se haya convertido totalmente a Dios, y haya conocido todas estas cosas, no solo no despreciará la muerte, sino que incluso la deseará»<sup>22</sup>.

Acabada la época de las persecuciones, se insiste cada vez más en la función de la fortaleza en la vida ordinaria del cristiano. Contienen útiles reflexiones las obras de San León Magno y de San Gregorio Magno<sup>23</sup>.

### c) De la teología medieval hasta nuestros días

Como se ha dicho a propósito de las otras virtudes cardinales, *la teología escolástica ofrece un estudio sistemático de la fortaleza*. Hay que mencionar, sobre todo, el *De septem donis Spiritus Sancti* de San Buenaventura, y la *Summa Theologiae* de Santo Tomás (II-II, qq. 123-140), sobre la cual volveremos más adelante.

No faltan referencias a la fortaleza en las obras de los teólogos y santos doctores, particularmente en los escritos de las santas mujeres. Según Santa Catalina de Siena, «las tres gloriosas virtudes, que están fundadas sobre la verdadera caridad, y están en la cima del árbol de esa caridad, son éstas: la paciencia, la fortaleza y la perseverancia, que está coronada por la luz de la santísima fe, con la cual corren, sin tinieblas, por los cami-

<sup>21</sup> Cfr. SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Ep. Ad Polycarpum*, 3, 1: PG 5, 721-722b; *Ep. Ad Romanos*, 5: PG 5, 689-692.

<sup>22</sup> SAN AGUSTÍN, *De moribus Ecclesiae Catholicae*, 1, 22, 40: NBA 13/1, 71.

<sup>23</sup> Cfr. por ejemplo, SAN GREGORIO MAGNO, *Hom. In Ezechielem*, lib. II, hom. 7, n. 7: PL76, 1017 B.

nos de la verdad»<sup>24</sup>. Santa Teresa de Ávila también señala la importancia de esta virtud para emprender y perseverar en las obras de servicio a Dios y a la Iglesia<sup>25</sup>.

Más que sobre nuevos enfoques sistemáticos, *la reflexión actual centra su atención sobre ámbitos particulares de aplicación de la fortaleza en la vida actual*. La complejidad y el pluralismo social actual, acentúan la natural sensación de vulnerabilidad<sup>26</sup>. La realización y la perseverancia en el bien requieren a menudo andar contracorriente, y afrontar provocaciones y resistencias de una cultura ambiental a menudo indiferente o adversa. Es necesario estar preparado para soportar incomprendimientos y críticas, también por parte de familiares y colegas. El sentido de cansancio o de desaliento está siempre al acecho. El que quiere emprender iniciativas positivas, además de la natural resistencia de la naturaleza herida por el pecado, se choca a menudo con estructuras económicas, sociales, políticas y de propaganda bien organizadas, y no pocas veces agresivas. No hay que olvidar, por lo demás, que también en la época moderna, y particularmente en el siglo XX, muchos creyentes han sufrido discriminaciones y crueles sufrimientos, e incluso han dado la vida en testimonio de su fe en Cristo. El que conoce la historia reciente sabe que el martirio no ha terminado con los primeros siglos de la era cristiana.

### 3. ANÁLISIS TEOLÓGICO DE LA VIRTUD DE LA FORTALEZA

#### a) Naturaleza de la fortaleza

La fortaleza es la virtud del apetito irascible (impulso agresivo)<sup>27</sup>. *Su función es moderar, siguiendo el dictamen de la prudencia, la agresividad y el temor, para que estas pasiones no desvíen a la persona del bien que debe realizar*. «La fortaleza —afirma santo Tomás— tiene principalmente por objeto el temor de las cosas difíciles, capaces de retraer la voluntad de seguir a la razón. Por otra parte, no basta soportar con firmeza

<sup>24</sup> SANTA CATALINA DE SIENA, *Il dialogo della divina Provvidenza*, Cantagalli, Siena 1992, 76, 1017 B (traducción nuestra).

<sup>25</sup> Cfr. por ejemplo, *Camino de perfección*, 11, 1 y 3; *Fundaciones*, 18, 4.

<sup>26</sup> Cfr. por ejemplo J. PIEPER, *Sulla fortaleza*, Morcelliana, Brescia 1965.

<sup>27</sup> Sobre la fortaleza se puede consultar útilmente: S.Th., II-II, qq. 123-140; M.A. JANVIER, *La vertu de forcé*, Lethielleux, Paris 1920; A. GAUTHIER, *Magnanimité. L'idéal de la grandeur dans la philosophie païenne et dans la théologie chrétienne*, J. Vrin, Paris 1950; ID., *La fortaleza*, en *Iniziazione teologica*, vol. III, Morcelliana, Brescia 1955; J. PIEPER, *Sulla fortaleza*, cit.; Y.M. CONGAR, *Le traité de la forcé dans la "Somme Théologique" de s. Thomas d'Aquin*, «Angelicum» 51 (1974) 331-348; T. GOFFI, G. PIANA, *L'uomo forte*, en *Corso di Morale, II: diakonia*, Queriniana, Brescia 1983, pp. 28-38; R. FABRIS, *La virtù del coraggio: la "franchezza" nella Bibbia*, Piemme, Casale Monferrato 1985; L.H. YEARLYE, *Mencius and Aquinas: Theorie of Virtue and Conceptions of courage*, SUNY Series Toward a Comparative philosophy of Religions, State University of New York Press, Albany, 1990; S. HAERWAS, *The Difference of Virtue and the Difference It Makes: Courage Exemplified*, «Modern Theology» 9 (1993) 249-264; G. ANGELINI, *Le virtù e la fede*, cit., pp. 123-229; J. ARANGUREN ECHEVARRÍA, *Resistir en el bien: razones de la virtud de la fortaleza en Santo Tomás de Aquino*, Eunsa, Pamplona 2000; A. FUENTES MENDIOLA, *La fortaleza de los débiles: con el poder del espíritu*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2001.

el impulso de estas dificultades, reprimiendo el temor, sino que es necesario hacerles frente con moderación en los casos en los que sea necesario eliminarlas, por la seguridad futura. Esto es lo propio de la audacia. Por consiguiente, la fortaleza tiene por objeto el temor y la audacia, el primero, para reprimirlo, la segunda, para moderarla»<sup>28</sup>. La fortaleza cristiana hace posible el seguimiento de Cristo día tras día, sin que el temor, el esfuerzo prolongado, el sufrimiento físico y moral y los peligros, oscurezcan en nosotros la percepción de la voluntad de Dios o nos alejen de ella. A veces, el seguimiento de Cristo puedo comportar poner en riesgo la propia vida. Es clara la advertencia del Señor: «Os expulsarán de las sinagogas; más aún: llega la hora en la que todo el que os dé muerte pensará que hace un servicio a Dios»<sup>29</sup>.

*La importancia de la fortaleza cristiana radica en el hecho de que, sin ella no le es posible al hombre cumplir la voluntad de Dios.* Más aún, sin ella, no sería posible, a largo plazo, no alejarse de Dios por el pecado grave, al menos de omisión. La función de la fortaleza se despliega en todos los ámbitos de la vida moral: justicia, trabajo, educación, fidelidad matrimonial, perseverancia en la vocación, gobierno, apostolado, etc. «El camino del cristiano, el de cualquier hombre, no es fácil. Ciertamente, en determinadas épocas, parece que todo se cumple según nuestras previsiones; pero esto habitualmente dura poco. Vivir es enfrentarse con dificultades, sentir en el corazón alegrías y sinsabores; y en esta fragua el hombre puede adquirir fortaleza, paciencia, magnanimidad, serenidad. Es fuerte el que persevera en el cumplimiento de lo que entiende que debe hacer, según su conciencia; el que no mide el valor de una tarea exclusivamente por los beneficios que recibe, sino por el servicio que presta a los demás. El fuerte, a veces, sufre, pero resiste; llora quizá, pero se bebe sus lágrimas. Cuando la contradicción arrecia, no se dobla. Recordad el ejemplo que nos narra el libro de los Macabeos: aquel anciano, Eleazar, que prefiere morir antes que quebrantar la ley de Dios. "Animosamente entregaré la vida y me mostraré digno de mi vejez, dejando a los jóvenes un ejemplo noble, para morir valiente y generosamente por nuestras venerables y santas leyes" ( 2 Mac 6, 27-28)»<sup>30</sup>.

*No toda firmeza y energía de carácter pertenece a la virtud de la fortaleza.* La firmeza es virtud si es funcional a la realización del bien y al rechazo del mal moral. La fortaleza es virtuosa si está inseparablemente unida a las otras virtudes: prudencia, justicia y caridad, principalmente. Ni la energía para satisfacer las propias pasiones o caprichos, ni la fuerza que pisotea los derechos de los demás, tienen nada que ver con la virtud.

*El don de fortaleza,* uno de los siete dones del Espíritu Santo, se refiere a la misma materia de la virtud de la fortaleza. Mediante el don de fortaleza, el creyente afronta

<sup>28</sup> *S.Th.*,II-II, 1. 23, a. 3, c.

<sup>29</sup> *Jn* 16, 2.

<sup>30</sup> SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, cit., n. 77.

el bien arduo y soporta los peligros sobrepasando la manera humana de obrar, hasta la manera de obrar informado por la fe y la caridad. «Esto es obra del Espíritu Santo en el hombre, que nos conduce a la vida eterna, fin de todas las obras buenas, y evasión de todo peligro. De aquí que el Espíritu Santo infunde una cierta seguridad, que elimina todo temor al respecto. Y en este caso, la fortaleza es un don del Espíritu Santo»<sup>31</sup>. La serena confianza que excluye todo temor es el signo más característico del don de fortaleza. Y con el temor, desaparece la angustia y la tristeza.

*Santo Tomás pone en relación con la fortaleza la cuarta bienaventuranza: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque quedarán saciados»*<sup>32</sup>. La fortaleza se refiere al bien arduo, «es bastante arduo que uno no sólo cumpla las obras de virtud denominadas comúnmente obras de justicia, sino que las cumpla con un deseo insaciable, que puede ser llamado hambre y sed de justicia»<sup>33</sup>. El Aquinaterecoge sobre este punto todo lo que había dicho San Agustín, quien pensaba que «la fortaleza se atribuye a quienes tienen hambre y sed. Están en el dolor, porque desean la alegría de los verdaderos bienes y aspiran a apartar el amor de los bienes de la tierra y del cuerpo»<sup>34</sup>.

#### b) *Los actos de la fortaleza*

*Dos son los actos fundamentales de la fortaleza: soportar y vencer el temor, por un lado, moderar la audacia en la agresión, por el otro.* Se trata, en definitiva, de resistir y agredir en conformidad a lo que prescribe la recta razón iluminada por la fe. Resistir parece ser el acto principal, porque resistir y vencer el temor, sobre todo si está causado por un mal grave, es más difícil que agredir, por diversas razones. Generalmente, el que agrede se encuentra en una posición de fuerza o superioridad. La resistencia tiene por objeto un peligro presente o inminente, mientras la agresión tiende a superar un peligro posible. La resistencia, a menudo, se prolonga en el tiempo, la agresión, en cambio, es puntual<sup>35</sup>.

*El acto más importante de la virtud de la fortaleza es el martirio.* Consiste en aceptar la muerte entestimonio de la verdad cristiana. En sentido estricto, el martirio requiere tres condiciones:

a) Que se verifique la muerte del mártir: Sólo quien da realmente la propia vida por Cristo, testimonia que lo ama sobre todas las cosas y más que la propia vida. La opinión más difundida entre los teólogos es que quienes han aceptado graves heridas, que podrían haberle causado la muerte, pero de hecho no la causaron, no son mártires en

<sup>31</sup> *S.Th.*, II-II- 1. 139, 1. 1, c.

<sup>32</sup> *Mt* 5, 6.

<sup>33</sup> *S.Th.*, II-II, q. 139, a. 2, c.

<sup>34</sup> SAN AGUSTÍN, *De Sermone Domini in Monte*, 1, 4, 11: NBA 10/2, 93.

<sup>35</sup> Cfr. *S.Th.*, II-II-, 1q. 123,a. 6, ad 1.

sentido riguroso. Algunos teólogos, como San Alfonso, consideran probable la opinión contraria. De hecho San Juan Evangelista y Santa Tecla, por ejemplo, son venerados como mártires. La Virgen María es considerada *Regina martyrum*<sup>36</sup>.

b) Que la muerte sea causada por un enemigo de la verdad cristiana y por odio a ella. Los mártires son testigos de Cristo porque la causa de su muerte es la verdad cristiana: la fe o la moral enseñada por Cristo y vivida por el mártir por amor a Cristo<sup>37</sup>. No es mártir en sentido estricto el que muere a causa de una enfermedad infecciosa transmitida por aquéllos a quienes asistió por caridad, o quien muere en defensa de una verdad natural, etc.

c) Que la muerte sea aceptada voluntariamente. Es probable que el martirio pueda ser sufrido sin advertencia actual, sino sólo virtual, como si alguien, que habría aceptado el martirio, fuera matado por odio a la verdad cristiana mientras duerme.

El martirio, en cuanto acto de perfecta caridad, justifica al pecador, bautizado o no bautizado, adulto o todavía niño. Elimina toda pena temporal, y merece un gran aumento de gracia y de gloria. Es conocida la sentencia del Papa Inocencio III: «*Iniuriam facit martyri qui orat pro martyre*»<sup>38</sup>.

### c) Los pecados contra la fortaleza

A la fortaleza se oponen tres vicios: la *cobardía*, la *impasibilidad* y la *temeridad*.

**La cobardía.** – La cobardía consiste en omitir lo que la recta razón manda hacer, o en hacer lo que prohíbe, por temor a los males que pueden sobrevenir y, especialmente, por el miedo a la muerte. La cobardía es un exceso de temor y un defecto de audacia para superar los peligros. Por sí misma, es una culpa leve, pero frecuentemente por cobardía se omite un deber grave o se hace lo que es gravemente pecaminoso. Es clara, en ese sentido, la enseñanza evangélica: «No tengáis miedo a los que matan el

<sup>36</sup> Cfr. D.M. PRÜMMER, *Manuale Theologiae Moralis*, cit., vol. II, n. 623.

<sup>37</sup> Esta es la explicación de Santo Tomás: los mártires «son testigos, porque con sus sufrimientos físicos hasta la muerte dan testimonio de la verdad, pero no de una verdad cualquiera, sino de la verdad revelada por Cristo [ ... ]. De hecho, ellos son mártires de Cristo, o sea, sus testigos. Pero esta verdad es la verdad de la fe. Por consiguiente, la causa del martirio es la verdad de la fe. Ahora bien, la verdad de la fe no implica solamente el acto interno, sino también su profesión externa. [ ... ] Por tanto, todas las acciones virtuosas, en cuanto se refieren a Dios, son otras tantas profesiones de fe, de aquella fe que nos hace saber que Dios quiere de nosotros aquellas obras buenas, y que nos recompensará por ellas. En este sentido, estas obras pueden ser causa de martirio. De hecho, en la Iglesia se celebra el martirio de san Juan Bautista, que sufrió la muerte, no por no renegar de la fe, sino por haber condenado el adulterio» (*S.Th.*, II-II, q. 124, a. 5, c.). Una situación análoga es la de algunos santos modernos, como Maximiliano Kolbe y Edith Stein, a quienes la Iglesia venera como mártires. Véase J.L. GUTIÉRREZ, *La certezza morale nelle Cause di Canonizzazione, specialmente nella dichiarazione del martirio*, «*Ius Ecclesiae*» 3 (1991) 645-670.

<sup>38</sup> INOCENCIO III, *Epist. V*, 121: PL 214, 1122 D. La frase es citada también por otros autores de la época porque había sido atribuida –erróneamente– a San Agustín.

cuerpo pero no pueden matar el alma; temed ante todo al que puede hacer perder alma y cuerpo en el infierno. ¿No se vende un par de pajarillos por un as? Pues bien, ni uno solo de ellos caerá en tierra sin que lo permita vuestro Padre»<sup>39</sup>. Están relacionados con la cobardía los “respetos humanos”, por los cuales se omite lo que habría que decir o hacer, o se dice o hace lo que no se debería decir o hacer, por miedo de lo que van a pensar los demás de nosotros. Hoy, los respetos humanos asumen a menudo la forma de lo “políticamente correcto”. También aquí hay que recordar las palabras del Señor: «A todo el que me confiese delante de los hombres, también yo le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Pero al que me niegue delante de los hombres, también yo le negaré delante de mi Padre que está en los cielos»<sup>40</sup>.

**La impasibilidad.**-La impasibilidad es una especie de indiferencia que no teme los peligros graves cuando sería razonable temerlos, y no correr ciertos riesgos. Puede surgir del desprecio de la vida, de la soberbia o de la necesidad.

**La temeridad** – La temeridad es una exagerada e irracional valentía, que hace afrontar peligros de modo desconsiderado. También a causa de estos dos vicios pueden ser cometidos pecados graves, poniendo en peligro la salud o la vida en el deporte o en otras actividades por motivos banales o irrazonables (vanagloria, soberbia, superficialidad, descuido de las normas de tránsito, etc.).

Estos tres vicios tienen que ver, de algún modo, con el control razonable y equilibrado de una pasión muy importante: el temor. Frente a lo que se presenta como una amenaza a la propia vida o integridad personal, brota la tendencia hacia la propia conservación, suscitando una emoción fuerte, que en los casos extremos puede disminuir el uso de la razón y de la voluntad<sup>41</sup>. El modo de comportarse frente al temor, tiene cierta relación con la confianza y la desconfianza, también respecto a la ayuda que podamos recibir de los demás, y principalmente de Dios.

#### 4. LAS VIRTUDES CONEXAS A LA FORTALEZA Y LOS VICIOS OPUESTOS

La fortaleza se refiere sobre todo al peligro de muerte, algo muy concreto que no tiene diversas especies. No existen, por eso, partes subjetivas o diversas especies de fortaleza<sup>42</sup>. La magnanimidad, la magnificencia, la paciencia y la perseverancia son ele-

<sup>39</sup> Mt 10, 28-29.

<sup>40</sup> Mt 10, 32-33.

<sup>41</sup> Véase lo que hemos dicho sobre las tendencias en *Elegidos en Cristo I*, cap. V, parágrafo 2 c).

<sup>42</sup> Cfr. *S.Th.*, II-II, q. 128, a. un.

mentos integrantes (partes integrales) o virtudes conexas (partes potenciales) de la fortaleza, según del punto de vista desde el que se las mire. Son elementos integrantes, si las consideramos como virtudes que hacen posible y ayudan al acto específico de la fortaleza, que es soportar o agredir los obstáculos que ponen en peligro la vida. Son virtudes conexas si las consideramos como referidas a otros ámbitos de la conducta, que forman parte secundariamente del objeto de la fortaleza. La magnanimidad y la magnificencia tienen que ver con el acto de agredir; la paciencia y la perseverancia, con el acto de soportar o resistir.

### a) La magnanimidad

*La magnanimidad o grandeza de ánimo es la prontitud para tomar la decisión de emprender obras virtuosas excelentes y difíciles, dignas de gran honor*<sup>43</sup>. Tiene un componente de confianza y de esperanza, sin las cuales las grandes obras virtuosas no serían proyectadas. Esta virtud está presente en los actos excelentes o heroicos de todas las otras virtudes, que de alguna manera son siempre también actos de magnanimidad. Es «ánimo grande, alma amplia en la que caben muchos. Es la fuerza que nos dispone a salir de nosotros mismos, para prepararnos a emprender obras valiosas, en beneficio de todos. No anida la estrechez en el magnánimo; no media la cicatería, ni el cálculo egoísta, ni la trapisonda interesada. El magnánimo dedica sin reservas sus fuerzas a lo que vale la pena; por eso es capaz de entregarse él mismo. No se conforma con dar: “se da”. Y logra entender entonces la mayor muestra de magnanimidad: darse a Dios»<sup>44</sup>.

Es propio de la magnanimidad evitar la autocomplacencia en los propios méritos y en las alabanzas recibidas; mantener la igualdad de ánimo en el éxito y en el infortunio; ayudar a los demás y no abusar de la ayuda de los otros; comportarse con dignidad delante de los poderosos, sin caer en la adulación, y saber ser modesto con las personas modestas; expresarse con libertad el propio parecer cuando les es pedido, sin ceder a los respetos humanos; no dejarse dominar por la ambición personal; no rumiar las ofensas recibidas; no ser precipitado al proyectar y emprender grandes obras.

La grandeza de ánimo no se opone a la humildad. El magnánimo se compromete en cosas grandes buscando sobre todas las cosas la gloria de Dios, consciente de los dones recibidos y poniendo la propia confianza en la ayuda del Señor<sup>45</sup>.

A la magnanimidad se oponen tres vicios por exceso. La *presunción*, la *ambición* y la *vanagloria*, y uno por defecto: la *pusilanimidad*.

<sup>43</sup> Sto. Tomás estudia la magnanimidad en *S.Th.*, II-II, q. 129.

<sup>44</sup> SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, cit., n. 80.

<sup>45</sup> Cfr. *Dt* 3, 21-22; 31, 7-8; *1 Sam* 17, 45; *1 Mac* 3, 18-22.

La *presunción* de la que hablamos es distinta del pecado contra la esperanza que recibe el mismo nombre. *Aquí entendemos el vicio de emprender tareas o trabajos superiores a las propias fuerzas*. En el caso en el que cierta tarea deba ser hecha, la presunción está en no prepararse adecuadamente, o en no buscar ayuda de quien puede darla. Pecó de presunción San Pedro, cuando dijo: «Señor, estoy dispuesto a ir contigo hasta la cárcel y hasta la muerte»<sup>46</sup>. Detrás de la presunción hay una percepción errónea de las propias capacidades, que puede dar lugar a no pocos pecados, incluso graves, y que puede ser la causa oculta de una constante inquietud interior. El que piensa que puede hacer más de lo que realmente puede hacer, jamás está en paz consigo mismo.

*La ambición busca honor y aprecio por encima de lo que es razonable y proporcionado al propio valor, o busca el honor sin referir a Dios los propios méritos y cualidades*. La ambición encierra al hombre dentro de sí mismo. Aparentemente, la ambición procura realizar cosas de valor, en el ámbito cultural, artístico, político, religioso, etc., pero en realidad, en el hombre ambicioso hay una curvatura hacia el propio yo, que ya no se fija en el valor de las cosas realizadas, ni en su utilidad para los demás y para la sociedad. Por la ambición, todo es querido como medio para la propia gloria. Incluso las cualidades y realizaciones que de por sí deberían ser vehículos de auto-trascendencia, se ponen en función del propio yo. En los otros ve solamente peldaños<sup>47</sup>.

La *vanagloria* es muy parecida a la ambición, pero no se refiere al honor que es tributado, sino a la fama, a lo que se piensa y se dice de nosotros cuando estamos ausentes. La fama es un bien, que debe ser también custodiado. La vanagloria es un vicio porque se quiere construir una gran imagen del propio valor que no corresponde a la verdad (en realidad, se busca la notoriedad mediante comportamientos reprobables), o porque se busca el aprecio de quien no se debería, o porque se busca en la fama el bien supremo, sin referirla en último término a Dios. De la vanagloria surgen fácilmente faltas contra la caridad, hipocresía, simulación, desobediencia, etc.

*La pusilanimidad consiste en renunciar a emprender las obras grandes que tendrían y podrían hacerse con la ayuda de Dios*. El pusilánime se deja dominar por la desconfianza en sí mismo y por un sentido de inferioridad que no responde a la verdad. La pusilanimidad a veces puede enmascarse como humildad. En cualquier caso, se renuncia a la lucha para obtener el debido rendimiento de los dones recibidos de Dios. «Cuando llegó por fin el que había recibido un talento, dijo: “Señor, sé que eres hombre duro, que cosechas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; por eso tuve miedo, fui y escondí tu talento en tierra: aquí tienes lo tuyo”. Su amo le respondió: “Siervo malo y perezoso, sabías que cosecho donde no he sembrado y que recojo donde

---

<sup>46</sup> Lc 22, 33.

<sup>47</sup> Cfr. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 31.

no he esparcido; por eso mismo debías haber dado tu dinero a los banqueros, y así, al venir yo, hubiera recibido lo mío con los intereses”»<sup>48</sup>.

### b) La magnificencia

Si la magnanimidad es prontitud de ánimo para decidir, *la magnificencia se refiere a la realización efectiva de grandes obras, y en particular, para buscar y emplear los recursos económicos y materiales proporcionados al cumplimiento de grandes empresas en el servicio de Dios y del bien común*<sup>49</sup>. Los preparativos que hizo David para que su hijo Salomón pudiera construir un templo digno del Señor son un buen ejemplo<sup>50</sup>.

Vicios contrarios a la magnificencia son la *parvificencia* o *mezquindad*, y la *suntuosidad*, que se alejan por defecto y por exceso del dictamen de la recta razón sobre el uso de los recursos necesarios para realizar grandes obras.

### c) La paciencia

*Objeto de la paciencia es soportar los males presentes, también los causados por otras personas, sin entristecerse y sin abandonar la realización del bien*<sup>51</sup>. Si se refiere al peligro de muerte, es elemento integrante de la fortaleza; si se refiere a otros males, es una virtud conexas a esa otra.

La experiencia enseña que es una virtud muy importante. Evita la tristeza y el desaliento, que son causa de tantos otros males. «No entregues tu alma a la tristeza, ni te atormentes en tus pensamientos. Alegría de corazón: ésta es vida para el hombre, un tesoro inacabable de santidad; y gozo de un hombre es larga vida. Distrae tu alma y consuela tu corazón, echa lejos la melancolía. Pues la tristeza perdió a muchos, y nada provechoso se saca de ella»<sup>52</sup>. «El que sabe ser fuerte no se mueve por la prisa de cobrar el fruto de su virtud; es paciente. La fortaleza nos conduce a saborear esa virtud humana y divina de la paciencia. “Mediante la paciencia vuestra, poseeréis vuestras almas (Lc XXI, 19). La posesión del alma es puesta en la paciencia que, en efecto, es raíz y custodia de todas las virtudes. Nosotros poseemos el alma con la paciencia porque, aprendiendo a dominarnos a nosotros mismos, comenzamos a poseer aquello que somos” (San Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelia*, 34, 4: PL76, 1271). Y es esta paciencia

<sup>48</sup> Mt 25, 24-27.

<sup>49</sup> Sobre la magnificencia, cfr. *S.Th.*, II-II, q. 134.

<sup>50</sup> Cfr. *I Cr* 22, 14-16.

<sup>51</sup> Sobre la paciencia, véase *S.Th.*, II-II, q. 136.

<sup>52</sup> *Sir* 30, 21-23.

la que nos impulsa a ser comprensivos con los demás, persuadidos de que las almas, como el buen vino, se mejoran con el tiempo»<sup>53</sup>. La paciencia engendra serenidad de ánimo.

Dos son los vicios contrarios a la paciencia: la *impaciencia* y la *insensibilidad o dureza de corazón*. La *impaciencia es la incapacidad de aceptar y aguantar la contrariedad*, que se manifiesta con falta de reciedumbre, lamentos, pérdida de la serenidad, modales bruscos o hasta violentos. La *impaciencia* se convierte en una actitud vital respecto a la marcha temporal de las cosas, y hace difíciles las esperas que tantas veces son necesarias. Para el hombre impaciente, el tiempo transcurre demasiado lentamente, como una carga insoportable de la cual quiere liberarse ansiosamente. La paciencia, en cambio, no sólo ayuda a convivir con las dificultades, sino que permite la serena continuidad en el esfuerzo hasta que, a su tiempo, es alcanzado el fin. La *impaciencia*, fácilmente da lugar a pecados, incluso graves, contra la justicia y la caridad. La *insensibilidad o dureza de corazón* no se conmueve jamás, no por adecuarse razonablemente al curso de las cosas, sino por falta de humanidad y solidaridad. A veces manifiesta una pobreza emocional casi patológica (piénsese en el personaje de Nicolai Stawrogin, en *Los Demonios* de Dostoievski) Puede ser la causa de graves pecados de omisión.

#### d) *La perseverancia*

La *perseverancia* es la virtud por la cual se persiste en el ejercicio de los propios deberes y de las obras virtuosas, según el dictamen de la recta razón iluminada por la fe, a pesar de las dificultades y el cansancio derivado de su prolongación en el tiempo<sup>54</sup>. Si la constancia tiene que vencer la tentación de abandonar los buenos propósitos cuando se les opone un obstáculo concreto, tarea de la perseverancia es vencer el obstáculo representado por la prolongación en el tiempo del esfuerzo necesario para cumplir hasta el fin los buenos proyectos. «Y lo que cayó en tierra buena son los que oyen la palabra con un corazón bueno y generoso, la conservan y dan fruto mediante la perseverancia»<sup>55</sup>: sólo mediante la perseverancia, las obras buenas y las virtudes pueden producir buenos frutos. La perseverancia es necesaria en la oración, en la actividad profesional, en las obras apostólicas, en el compromiso social. Aunque, tal vez, en un contexto un poco distinto, el Evangelio presenta como objeto de irrisión al que no consiguió llevar hasta el fin la obra comenzada<sup>56</sup>. Justamente se ha escrito que «Comenzar es de todos; perseverar, de santos»<sup>57</sup>.

<sup>53</sup> SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, cit., n. 78.

<sup>54</sup> Cfr. *S.Th.*, II-II, q. 137.

<sup>55</sup> *Lc* 8, 15.

<sup>56</sup> Cfr. *Lc* 14, 28-30.

<sup>57</sup> SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, cit., n. 983.

A la perseverancia se oponen la *inconstancia* y la *pertinacia*. El *inconstante* abandona la realización del bien cuando al prolongarse el esfuerzo descubre aspectos de dificultad que quizá no habían sido claramente entrevistos hasta aquel momento, y concluye que tal descubrimiento justifica abandonar los compromisos asumidos consigo mismo, con los demás o incluso con Dios. Al *pertinaz* le resulta difícil rectificar, cambiar de opinión o modo de comportarse, cuando la justicia, la caridad o alguna otra instancia razonable así lo reclama.

Diversa de la virtud moral de la perseverancia es el don de la perseverancia final, es decir, el permanecer en la fidelidad y en la gracia de Dios hasta la muerte. Este don divino no es en sentido riguroso objeto de mérito por parte nuestra, pero puede ser pedido con la oración y las obras buenas, y así disponerse a recibirlo de la bondad misericordiosa y paterna de Dios<sup>58</sup>.

<b>VIRTUDES CONEXAS A LA FORTALEZA</b>	<b>VICIOS OPUESTOS</b>
Magnanimidad	Presunción Ambición Vanagloria Pusilanimidad
Magnificencia	Parvificencia Suntuosidad
Paciencia	Impaciencia Insensibilidad o dureza de corazón
Perseverancia	Inconstancia Pertinacia

<sup>58</sup> Cfr. *S.Th.*, II-II, q. 137, a. 4.